

fondo de mi corazon, no me dejes entregada á su venganza.... ¡Ese papel!....

Y aquí se detuvo horrorizada: un fuerte estremecimiento sacudió violentamente su cuerpo: su semblante se puso mortalmente pálido, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

¡Qué contenia aquel papel?

La sucesion de los acontecimientos nos lo demostrará en el curso de esta historia.

CAPITULO IX.

La casa de vecindad.

Cada casa de vecindad de México puede considerarse como un gran pueblo reunido bajo un mismo techo, que cobija á todas las clases de la sociedad, excepto á la alta.

Allí en el primero y segundo patio, se descubren desde la calle, á uno y otro lado de las altas paredes del edificio, y formando una larga galería, multitud de habitaciones con su respectivo número encima de la puerta, compuestas de una sola pieza húmeda y mal envigada, en que vive la clase menos acomodada de la sociedad.

Al terminar el primer patio, que suele

estar generalmente bien enlosado, se levanta una escalera sólida de piedra que, en su primer descanso, se divide en dos brazos á derecha é izquierda, para conducir á un espacioso corredor que sirve de techo á los cuartos bajos, y donde, en el mismo órden que en el patio, se encuentran nuevas habitaciones, tambien numeradas, pero con varias piezas, habitadas por la clase media. siempre deferente, instruida, fina y atenta,

Encima de estas cómodas viviendas, y formando completa armonía con ellas, se encuentran otras, provistas de corredor igual, donde viven los artistas, los empleados, los profesores de todos los ramos.

Estas casas vienen á ser otra torre de Babel, donde se escuchan á la vez los acordes del agradable piano, pulsado en aquella habitacion por los delicados dedos de una jóven encantadora: el desagradable ruido de la ronca trompa de un aspirante á la orquesta del teatro en la otra: mas allá el penetrante chirrido de un violin, manejado por un antípoda de Melpómene: enfrente las dulces melodías de una pieza concertante,

producidas por la grata combinacion de la flauta, los bandolones y el bajo: á la izquierda los gritos de los muchachos de una escuela que leen predicando: á la derecha la academia de solfeo, donde cincuenta voces, á cual mas desapacibles destrozan su leccion: encima la dulce y argentina voz de una excelente cantante que interpreta con maestría una de las árias mas delicadas de Bellini, mientras que de uno de los cuartos del patio sale el destemplado y empulgado acento de varias personas del bajo pueblo que, al son de una mala bandurria ó *jarana*, como se llama en el país, cantan el *Aforrado*, *La Pasadita* ó el *Canelo*: aquí el quejido de un desgraciado enfermo que no puede conciliar el sueño, aturdida la cabeza con todo aquel conjunto de encontradas melodías: en otra parte la riña de dos vecinas que se dicen á grito en cuello todo lo que no se debe decir, pero que el vecindario entero se ve precisado á escuchar; y por donde quiera confusion, algarabía, música, llanto, baile, tristeza y alegría.

En el segundo piso de una casa parecida

á la que de describir acabo, cuyo corredor estaba adornado de tiestos cubiertos de aromáticas flores, viven varias familias de escogida educacion las mas, pero que, agobiadas por la contraria suerte y las evoluciones de la instable fortuna se encuentran en una posicion en extremo desfavorable.

En una de las alegres y ventiladas viviendas que cuenta, habita un retirado de la independencia, hombre honrado y cubierto de honrosas cicatrices, que ostenta en el pecho seis cruces, y en la mesa otros tantos hijos, amen de una cara costilla, cuya cara en los dias que no le paga el gobierno á su marido, que son los mas, es mas fea que la cara de la necesidad que les acosa.

Enfrente vive un anciano empleado que en nada se emplea: está jubilado, aunque sin júbilo; y aunque no tiene hijos, tiene una amable consorte, á quien llama Crucicita, que le pesaba mas que la cruz de un bergantin holandés.

Contiguo á la vivienda de ésta, se halla la de una infatigable anciana; viuda, segun ella, de un general de brigada; cuya ocupa-

cion no es otra que observar lo que hacen, lo que dicen y lo que comen los vecinos: especie de lechuza doméstica que se alimenta de chupar la honra del prójimo, observando continuamente, cuando se apaga en ellos la luz de la vigilancia, para morderlos á su sabor: espías secretos que se introducen en las casas sin mas objeto que el de observar lo que pasa para volver á sus cuarteles á poner en conocimiento de sus partidarios los secretos mas recónditos de sus confiadas víctimas: antiguallas con faldas, de quienes nadie se ocupa, pero que en cambio tienen ellas buen cuidado de ocuparse hasta de las acciones mas insignificantes de todo el mundo. Crónicas vivientes con pasta de arrugado pergamino, pero cuyo corazon es blanco papel satinado, donde escriben con tinta indeleble la historia de los vecinos que á todas horas, y en público, leen en alta voz, y con sarcástica manera, sus incansables lábios.

Nadie consagra mas respeto que yo á la ancianidad: aprecio y admiro á esas dignas mujeres que han llegado á una edad avan-

zada siendo modelos de deferencia, de urbanidad y de virtud; séres que conservan siempre la belleza del corazón; que se hacen apreciables por la constante indulgencia que Dios ha vinculado en esa bella mitad del género humano; que sirven de ejemplo y de guía á la juventud disimulando los defectos leves, corrijiendo los graves y aplaudiendo la mas ligera accion hidalga; pero compadezco y temo á las que olvidándose de la caridad cristiana, descuidan su mision de consuelo sobre la tierra, y afilan el venenoso diente de la envidia para herir de muerte la honra de sus semejantes.

La murmuracion es uno de los vicios que mas envilecen á la criatura, porque con ese vicio infame, nacido de la malignidad del corazón, denigra la honra ajena, destruye la reputacion del prójimo, malquista á las amilias, siembra la discordia entre los esposos, destruye la caridad, rompe los lazos de la amistad, y consigue sembrar la desconfianza con perjuicio de la persona murmurada, que generalmente suele ser inocente.

Yo considero al murmurador como á una plaga destructora, como a un veneno activo del que debemos huir si anhelamos vivir dichosos y felices en el mundo.

En el número de estas terribles mujeres se encontraba la anciana viuda del general de brigada.

Su habitacion, como todas, daba al corredor; y colocada detras de la puerta vidriera, y mirando por entre las cortinas, observaba cuanto pasaba en las viviendas de los vecinos, las personas que á ellas entraban, su edad, su aire y hasta el traje que vestian.

En el momento en que nos encuentra nuestra historia, estaba en su favorita atalaya, acompañada de la esposa del cesante, y ambas sentadas detras de la vidriera una frente á la otra, entretenidas en la inocente ocupacion de comer prójimo.

—Hay cosas que yo no comprendo, mi alma;—decia Doña Cruz, la mujer del ex-emplado á la ex-generala Doña Anita.—Me hago cruces, me asombra el ver el lujo que tiene nuestra vecinita Clara: yo creo

que los corretajes no dejan mucho para gastar en vestidos de gró y de tarlatana, es trenar cada ocho dias un pañolon de Malina, y tener todo ese boato.

—¡Corretajes!.... ¡Buena es esa!.... Si yo le contase, mi alma.... Pero soy una señora, y esto me obliga á guardar silencio.

—¿Pues qué, le sabe vd. algo, Doña Anita?

—Pues si su vida es un drama. Si yo me pusiera á contarle á vd. la vida de ella.... Pero soy una señora, como vd. lo sabe bien, mi alma: viuda del señor Torcuato, un general de brigada. Pero ya sabe vd. las cosas; el gobierno no nos dá ni un real, y estamos todas las viudas de militares obligadas á vivir como Dios nos da á entender. ¡Quién le habia de decir al difunto, que en paz descanse, que su Anita se veria reducida á coser ropa de municion! Pero volviendo á Clarita....

—Sí, sí, hablemos de ella.

—Pero antes me da vd. palabra de que el secreto se quedará entre las dos, mi alma.

—Por supuesto; puede vd. fiar de mí.

—Lo sé bien, Doña Crucecita. Porque á mí no me gusta quitar el crédito á nadie. Como soy una señora....

—¿Quién lo duda?

—Y muy honrada.

—Hable vd. sin temor.

—Pues ha de estar vd., vecinita, en que la madre de Clara estaba de cocinera en una casa de comercio.

—¿Qué me cuenta vd., Doña Anita....? ¿La mamá de esa señorita tan entonada, era cocinera?

—Como vd. lo oye, mi alma; y en compañía de ella, y en calidad de galopina, estaba Clarita.

—¡Jesus!.... qué cosas se ven.

—Cosas que parecen mentira. Pero volviendo á la historia.

—Sí, sepamos.

—El principal de la tienda se prendó de la muchacha, y tuvo.... ya vd. me entien de, un *lapsus linguae* como decia mi brigadier, que en paz descanse.

—¿De veras?

—Como lo oye vd., mi alma.

—¿Y qué hizo la cocinera al saber....

—Puso en los cielos el grito: le amenazó con publicar en los periódicos todo lo que habia pasado, y él, temiendo un escándalo se casó con ella, y ahí la tiene vd. hecha señora de la noche á la mañana.

—Sí, señora de esas de nuevo cuño; no como nosotras que hemos mamado el señorío desde la cuna.

—¡Ay mi alma.... ¡esa es mucha verdad: ¡Figúrese vd. que mi padre que quedó sordo en una batalla, fué oidor!

—¡Ya vd. verá!....

—Pero volviendo á nuestro cuento. Como no estaba acostumbrada á ser señora y queria darse á conocer, empezó á tener tertulias, bailes y grandes convites todos los dias en su casa, en que hacia gastar á su pobre marido mas de lo que producian los géneros.

—Me está vd. contando unas cosas que me sorprenden.

—Pero que no son mas que la pura verdad: ya vd. vé; soy una señora.....!

—¡Por supuesto....! ¡quién lo duda....?
¡La viuda de una brigada....!

—De una brigada no: viuda de un general de brigada.

—Es lo mismo.

—Así es que siendo pocas las entradas y considerables las salidas, el capital fué á menos, y de repente se presentó en quiebra; dejó la gran casa que tenia, se metió á corredor, y se ha mudado á esa habitacion donde vive sin querer tratar con nosotras, que somos verdaderamente señoras.

—¡Ya se vé que sí....! honrarse debia con hablarnos. Pero ¿qué, los corretajes, como antes le preguntaba á vd., dan para el lujo que ahora gasta?

—Esa es, vecina, otra historia.

—¡Cómo!

—El usurero Gil Lárraga parece que la protege.

—Es verdad: entrar le veo con mucha frecuencia.

—Cuando yo le digo á vd., creo..... Soy una señora y basta.

—¿Quién lo duda?... la viuda de una brigada....

—El quiso que yo fuese á verle una vez para prestarme cierta cantidad sobre varias piedras preciosas, para relacionarse conmigo....! ¡pues....! algun *lapsus linguae*, como decia mi esposo; mas llevó calabazas; porque soy toda una señora, como vd. sabe. Que aunque mal me esté decirlo, soy toda una generala: esto es, una persona que no tiene el mas ligero borron en los años que cuento de vida.

—¡Por supuesto....! ¡La viuda de una brigada....!

—De un general.

—Eso es: la esposa general de una brigada.

—¡Ya verá vd!....

—¡Oh....! por supuesto....

—¡Yo....! toda una....

—¡Pues.... vd....! Mas ¿la del número uno?

—¿Quién, Soledad? Otra maula.... ¿No sabe vd. quién la mantiene?

—¿Ese jóven que viene poco despues de la oracion y se retira á las diez?

—El mismo: Félix Huerta; dependiente de la casa de D. Felipe Flan. ¡Pobre cajon!...

—¿Pero no dicen que es primo de ella...?

—¡Primo....! Si todo lo que se dice fuera cierto.... Tan primo es de ella, segun yo creo, como de vd.

—¿De veras?

—Pero ahí sube; silencio.

—En nombrando al ruin de Roma luego asoma. Y trae un envoltorio en la mano.

—Algun corte de vestido para ella: á bien que el cajon no sabe quejarse.

Y ambas pegaron el rostro á la vidriera para observar al hombre de quien hablaban y que subia en aquél instante la escalera.

Era de noche, pero la luna alumbraba como una tibia y clara lámpara, bañando de lleno los objetos.

Félix llamó á la puerta de la habitacion que siempre estaba cerrada, y esperó á que la abriesen.

Era un jóven como de veintidos años; de

estatura mediana, pero bien formado, suelto, ágil y de faz agraciada: sus ojos, sin ser negros, eran en extremo oscuros y rasgados: su cabello castaño y ondulado se rizaba con gracia debajo de un sombrero fino de fieltro que le caía perfectamente: un saco ligero de color claro, abrochado únicamente en el boton del pecho, dejaba ver las formas varoniles de su flexible cuerpo, y un pantalon negro, ancho, de satiné, que caía con naturalidad sobre un pié de mujer, calzado con una bota de exquisito cuero inglés, formaban el conjunto del simpático dependiente que habia despertado la curiosidad de las dos contemporáneas de Matusalen, que le seguian observando detras de la vidriera.

—Es un arrogante mozo.

Exclamó la esposa del cesante.

—Sí, no es de mala figura. ¡Pues si conociera vd. á un jóven que ha formado decidido empeño en visitarme! ¡Ese sí que es lo que se llama todo un buen mozo! Pero yo.. ya vd. ve; como soy toda una señora....

—¡Oh....! sin duda.

—No quiero que nadie diga.... porque ya sabe vd. que hay gentes muy murmuradoras....

—¡Vaya si lo sé, mi alma!

—Y sobre todo, como decia mi brigadier, que de Dios goce, siempre es bueno no exponerse á un *lapsus lingue*.

Al llegar á esta parte del diálogo, abrió una criada la puerta de la vivienda de Soledad, y penetró Félix en ella.

—¿Y qué me dice vd. de nuestro vecinito, el pintor Leopoldo, y de su mamá?

—¿Los de la vivienda principal de la izquierda, que da á la calle?

—Sí, mi alma.

—Vea vd., ¿a sí es una familia de buena educacion y que distingue á las señoras como yo, y que sabe tratar con ellas.

—¿Pues qué, la visita vd?

—De vez en cuando, mi alma; porque ya ve vd., como hay un jóven.... no quiero que la vecindad murmure....

—Hace vd. muy bien.

—Que aunque todos saben que soy toda una señora....

—Por supuesto.

—Sin embargo, como Leopoldo es tan atento conmigo.... y es un artista, y sabe vd. que los artistas tienen fama de tener un corazón muy sensible.... pues....

—Tiene vd. razón.

—El siempre está suplicándome que vaya a visitarles, y con el empeño de retratar me en un cuadro que quiere hacer de las euménides.

—¿Euménides....? ¿y qué es eso?

—Figúrese vd. lo que será: seguramente algunas ninfas, porque como los pintores son tan aficionados a la mitología.

—¿Y quién es esa señora?

—¿Creerá vd. que no me acuerdo? pero hoy mismo se lo voy a preguntar a un conocido que tengo y que es un buen gramático.

—Sí, porque ese debe saber....

—Figúrese vd!.... como que conjuga ya todos los verbos.

—¿Y nuestra vecina Elisa?

—¿Quién, la española?

—Sí, la esposa de D. Diego.

—¡Ay mi alma!

—De esa sí creo que no tendrá vd. nada que decir: todos aseguran que es un modelo de virtud.

—No pondría yo mis manos en el fuego por ella.

—¿De veras?

—No es oro todo lo que reluce.

—Dicen que siempre está rezando.

—Detrás de la cruz está el diablo, mi alma.

—¡Oiga....! ¿Le sabe vd. algo?

—Yo no sé, sino que entra a todas horas en su casa ese médico extranjero Willey.

—Como está enfermo su marido, y convaleciente aún de la herida que recibió una noche en San Angel.

—Es que cuando no estaba enfermo venía con mas frecuencia.

—No lo sabía yo.

—Pues, sí, mi alma. Ya sabe vd. que D. Diego, su marido, es muy aficionado al libro de cuarenta hojas, y que cuando está bueno no viene a su casa sino por la noche, y eso a una hora, muy avanzada.

—Como todo devoto de Birjan.

—Pues bien, mientras él está entregado en ver si sale la sota ó el caballo, el doctor se halla por aquí, no con miras muy inocentes, en mi concepto.

—Así lo creo.

—Y aunque ella sea una santa.... ya ve vd.... el trato continuo, la soledad, la li sonja, la ocasion.... el diablo que no se duerme.... todo esto pudiera ocasionar, como decia mi brigadier, que en paz descanse, un *lapsus linguæ*... ¡Bueno es el doctor para....

—¡Cómo!.... ¡tan emprendedor es....

—Mas que el mismo D. Juan Tenorio: ama á cuantas ve, persigue á cuantas puede, y no retrocede ante ningun obstáculo; ahora viene á ver á nuestra vecina, y dentro de media hora le tendrá vd. en casa de una jóven llamada Luz, por quien está perdido de amores.

—¡Jesus!.... ¡ese hombre es temible....!

—Vaya si lo es; por eso cuando le veo subir, me escondo, porque si me viese.... ya ve vd. ve.... ninguna está segura con él...

—Por supuesto. Pero si no me engaño, él sube en este instante.

—¿Y no ve vd. con qué silencio se acerca á la puerta, y con cuántas precauciones?

—Con efecto; y eso me llama la atencion.

—Vea vd. cómo observa si hay alguno por el agujero de la llave.

—Pues eso no se hace cuando no se teme el encuentro del marido.

—¡Cuando yo le digo á vd. que no es oro todo lo que reluce!....

—¿No ha oido vd?

—Sí: ha tosido: escuchemos.

—Ahora sale de adentro una persona, y con mucho sigilo.

—Es Elisa que viene á abrirle.

—Tiene vd. razon; ya se acerca á la puerta.... ya la abre.

Y era así: una mujer se aproximó de puntitas, corrió el pasador sin hacer ruido, abrió la puerta, y el doctor entró en la habitacion.

—¿Lo ve vd., vecinita.

Dijo Doña Anita sonriéndose malignamente.

—Me parece mentira: yo que la veo siempre educando á sus niñas y en oracion con ellas.....

—Ya sabe vd., mi alma, que donde me nos se piensa....

—Tiene vd. razon.

—Yo no quiero decir con esto que le haya recibido con mal fin; no, ¡Dios me libre! no me gusta pensar mal de nadie, pues soy todo una señora; pero ya vd. ve, mi alma, las precauciones de él, la hora, la reserva de ella, el cuidado para no ser vista.... y aunque Elisa sea una santa, como el doctor es tan temerario.... ¿quién responde, como decia mi brigadier que en paz descansa, de un *lapsus lingue*?

—Tiene vd. razon; para mí, hay algo de amores.

—Y para mí tambien, mi alma.

¿Y acertaban aquellas dos mujeres?

¿Era en efecto Elisa delincuente?

No aventuremos nuestra opinion: sigamos el hilo de los acontecimientos sin defender ni condenar.

CAPITULO X.

La Cita.

Elisa pasó un dia de inquietud, de temor y de zozobra difícil de describir.

No habia comido casi nada, y sin embargo, no tenia hambre: y es que cuando el espíritu está ocupado con una idea que opriime el alma, la materia pierde su sensibilidad y se espiritualiza por decirlo así.

Pocos momentos antes habia anhelado tomar algun alimento para fortalecer su debilitada naturaleza; pero desde el instante en que el doctor le exigió le esperase, amenazándole de lo contrario con poner en manos de su esposo el misterioso papel que le habia enseñado, su apetito desapareció